

había logrado formar un ejército verdadero y permanente, disciplinado y muy numeroso que en caso necesario podía aumentarse hasta 70,000 infantes y 4,000 jinetes con los contingentes que debían aprontar en primer lugar las muchas tribus suevas, y en segundo otros pueblos germánicos y aun esclavos de Bohemia y Moravia, sometidos por las armas u obligados á pagar tributo.

Durante mucho tiempo, Marobodo había guardado gran prudencia y precaución con Roma, sin tomar la menor parte en las diferentes sublevaciones de otros pueblos germánicos contra las fuerzas del imperio ni crear obstáculos á las marchas y operaciones de Druso y Tiberio, limitándose á fortificar su propio poder y extender su dominio sobre los pueblos del otro lado de los Montes Carpacios, de las cuencas del Oder y del Elba, y aun hasta las orillas del Báltico; pero este comportamiento prudente no podía granjearle la simpatía del imperio, el cual en la independencia y poderío de los marcomanos veía un constante peligro para su tranquilidad. Por eso Roma acabó por acusar á Marobodo de haber reemplazado la anterior atenta neutralidad é inferioridad confesada y reconocida en sus solemnes embajadas, por una pretenciosa soberbia, quejándose de que acogía en sus dominios á todos los enemigos de Roma; de que con sus continuas guerras contra sus vecinos preparaba su ejército, organizado á la romana, para alguna empresa magna, y de que usaba con el emperador un lenguaje como de igual á igual. Quizá esto era verdad y Marobodo había creído ya llegado el momento de arrojar la máscara; quizá también no era mas que un pretexto de la diplomacia romana para derribar el único contrario «que quedaba por vencer.» El reino de Marobodo era un gran peligro para la seguridad de las comarcas septentrionales y occidentales de la Germania, la Panonia y la Nórca, países en los cuales el poder de Roma no había tenido tiempo todavía de consolidarse. Roma con su habitual perspicacia había calculado que este enemigo solo distaba 296 kilómetros de las cumbres de los Alpes, desde donde se podía bajar á Italia, es decir, la mitad de la distancia que separaba el Elba del Rin. Semejante potencia al lado de los panonios, siempre prontos á sublevarse, era una amenaza insostenible para la política romana y era preciso concluir con ella. Fijóse la ejecución de esta empresa para el año 6 de nuestra era, debiendo naturalmente aprovecharse las ventajas estratégicas que ofrecían las posiciones adquiridas ya, al Sur y al Oeste del reino sentenciado á ser suprimido. Sentio Saturnino recibió orden de marchar con seis legiones desde Maguncia por los territorios de los catos y de abrir de una vez para siempre una carretera militar al través de la impenetrable y enmarañada selva Hercinia, contando con la sumisión de los catos y la amistad y auxilio de los hermanduros. Al propio tiempo llevó Tiberio otras seis legiones que constituían el ejército ilírico, desde Carnunto, donde habían invernado, en dirección del extremo meridional del imperio de Marobodo, debiendo reunirse ambos ejércitos que juntos componían un total de mas de 150,000 combatientes, en un punto determinado para desde allí obrar reunidos en dirección Nordeste contra el país enemigo. Todo iba á pedir de boca; los dos ejércitos solo distaban del punto de reunión y del enemigo cinco jornadas, cuando un suceso imprevisto, para los romanos á lo menos, salvó por lo pronto al rey de los marcomanos de su segura ruina.

A espaldas de Tiberio, en la Panonia, en la Dalmacia y en los pueblos vecinos que eran los dacios y sármatas, apenas las legiones habían atravesado su territorio, estalló un levantamiento general, convenido de antemano, tan imponente, que entre todos los sublevados sumaban 209,000 hombres de armas. No puede dudarse que Marobodo tenía

intervención en este movimiento de cuya importancia puede juzgarse por las palabras del adulador Velejo Patérculo: «Entonces se antepuso la necesidad á la gloria, por parecer muy peligroso arriesgarse con los ejércitos en el interior de Germania y exponer la Italia sin defensa á un enemigo tan próximo.»

En vista de esto se hizo la paz con Marobodo despues del primer ataque; y como convenia tenerle propicio, es muy posible lo que dice Tácito: «que entonces trató Roma con él como con una potencia igual, estipulando condiciones igualmente ventajosas á ambas partes.» Con estos halagos se dejó seducir el rey germánico, viendo reconocido su gran poder y dejó escapar aquel momento tan favorable para un ataque comun, no calculando que mientras Roma existiese, le haría pagar tan grande humillación con su completo exterminio.

Tres años necesitó Tiberio para dominar la insurrección de la provincia ilírica, es decir de los territorios danubianos entre la Nórca, la Tracia y el Adriático, y esto con el auxilio de quince legiones y un número igual de tropas auxiliares, componiendo juntas un total que pasaba de 180,000 hombres, es decir, poco menos que todas las fuerzas del imperio que constaban de 18 legiones de tropas regulares ó ejército permanente. Por esta razón creó entonces el emperador ocho legiones permanentes mas. Apenas hubo cumplido Tiberio su cometido, el año 9 de nuestra era, cuando ocurrió la batalla de la selva de Teutoburgo, y en ella la famosa catástrofe de Varo. El incendio temible á orillas del Danubio en el confin Sudeste de la Germania acababa de ser sofocado con un esfuerzo colosal y despues de tres años de lucha, cuando llegó á Roma el grito de auxilio del confin opuesto, el del Noroeste, haciendo que en la capital del imperio se temiera por la Galia y hasta por la Italia. Este nuevo incendio era obra de Arminio.

En cosa de diez años había logrado Roma someter tan completamente al pueblo de los cheruscos, compuesto de numerosísimas tribus, y cuya influencia se extendía sobre muchos otros grupos vecinos, aliados ó clientes; y al mismo tiempo sus jefes romanizados parecían tan completamente adictos á la causa del imperio, que Tiberio pudo realizar su campaña del año 5, basada principalmente en la fidelidad y cooperación de los cheruscos, y atravesar su país pacíficamente, gracias al tacto feliz, carácter afable y jovial y dirección vigorosa de Sentio Saturnino. Los romanos creían la romanización de toda la Germania cosa asegurada, y empezaban á considerar á este país como definitivamente y para siempre incorporado á su imperio, y á sentirse como en su casa en la parte limítrofe del Rin, donde se establecían muchos romanos como si estuviesen á orillas del Sena, sin la mas remota idea de que el país pudiera jamás separarse del imperio. Así lo prueban las inscripciones y monumentos que se encuentran en la «Germania Romana», á los cuales continuamente añade nuevas muestras el azadon del anticuario. Las legiones, diseminadas por la Germania occidental, guardando los innumerables fuertes, castillos, campamentos fortificados y grandes plazas de guerra, habían invernado desde los tiempos de Druso en el país, como por ejemplo en Aliso, ocupándolo permanentemente. Colonias romanas, plazas mercantiles, pequeñas ciudades para la celebración de ferias habían nacido al rededor y en las inmediaciones de los puntos fortificados, y los naturales mas próximos habían ya adoptado muchas cosas de la vida y costumbres romanas, como despues las adoptaron los godos en el Bajo Danubio, segun demuestra su idioma. Veíaseles frecuentar los mercados y foros para comprar lo que necesitaban, y asistir á la administración de la justicia romana, sin perjuicio

por supuesto de sus costumbres é indole germánicas, espíritu de independencia y manejo de armas nacionales. Los romanos estaban enteramente persuadidos de que paulatinamente y sin sentirlo ellos mismos perderían estos resabios, con tal que se continuara tratándolos con tacto y habilidad.

Desde el año 7 solo habían quedado en todo el país cinco legiones, tres de ellas nuevas (la décimaséptima, décimoctava y décimovena), habiéndose podido retirar las veteranas para emplearlas en la Panonia. A este país acababa de enviar el gobierno en el mismo año 7 á Sentio Saturnino con refuerzos sacados de las guarniciones del Weser y del Rin. Acompañábale también gran número de tropas auxiliares germánicas y en especial cheruscas, figurando entre ellas los hijos del jefe de tribu Segimero, Arminio y Flavo. (No está bastante clara la procedencia de este nombre de Arminio; de todas maneras no se deriva de Herman: quizá como Flavo, era nombre romano, porque había una familia romana de este nombre llamada *gens arminia*.)

Pero despues de Sentio Saturnino cuyo carácter jovial le había ganado las simpatías de los germanos, fué enviado como sucesor suyo y en su reemplazo Quintilio Varo, emparentado por su casamiento con la familia imperial, y cuyo hijo estaba también casado con una hija de Germánico. Antes de reemplazar á Sentio había estado Varo como lugarteniente del emperador en la Siria, «á donde había llegado pobre, y de donde había vuelto rico, dejando pobre á la provincia.» De igual manera quiso satisfacer su codicia en la pobre Germania, donde además se mostró altanero, rígido y perezoso de cuerpo y alma, prefiriendo la vida regalada y tranquila con opípara mesa á la de campamento y de ejercicio corporal é intelectual como exigía la guerra. Tal vez el magnífico servicio de plata encontrado no ha muchos años cerca de Hildesheim en Alemania figuraba en la mesa de este sibarita. Su yero capital consistió sin embargo en el profundo desprecio con que miraba á los germanos que por una parte no le dejaba ver el peligro mercedándose en la seguridad mas míope y por otra le empujaba á querer romanizarlos á prisa y á viva fuerza. Quería tratar á los bárbaros que para él casi no eran hombres, del mismo modo que trataba á sus esclavos, ó cuando menos como súbditos antiguos del imperio, imponiéndoles los tributos que había hecho pagar á los abyectos sirios, y la legislación romana pura y simple, creyendo que las varas de los lictores y la advertencia del sayon romano bastaban para mantener el orden y la sumisión en un pueblo que no se había dejado dominar por las armas, sino por su buena voluntad.

En estas condiciones entregó la defensa del Rin á su sobrino Lucio Nonio Asprenas, y con tres legiones y las

familias de sus oficiales, mujeres, hijos, libertos y esclavos de ambos sexos marchó á ocupar un campamento de verano en el corazón de la Germania, como si reinara la paz mas profunda y él ejerciera el cargo de pretor ó procónsul en Narbona y no el de general de un ejército romano en el centro de una selva virgen del país cherusco. Desde allí salía para excursiones de recreo; allí despachaba y fallaba por medio de su tribunal litigios entre germanos segun el derecho romano; ejecutaba sentencias de pena de muerte y de azotes en germanos libres; imponía la tributación romana á pueblos aliados y no sometidos á Roma, y en estas ocupaciones pasó la corta estación de verano, única favorable para operaciones militares. Es indudable que el prudente y anciano emperador ignoraba lo que ocurría, no recibiendo mas noticias que los informes y partes favorables de su lugarteniente que en su torpe vanidad veía ya realizada la romanización de los germanos, que sin él de seguro habría seguido adelante acabando poco á poco y pacíficamente con la libertad y la nacionalidad de estos pueblos.

No fué así.

La aplicación del derecho romano; el hacha del verdugo, la vara del licitor y los azotes sublevaron á los naturales del país; sus caudillos veían escapar de sus manos su influjo é importancia, y el deseo de volver á sus costumbres tradicionales se hacia cada día mas vivo en toda la población hasta que se halló el jefe á propósito, que atizando el fuego hábil y ocultamente, supo detener la explosión con un disimulo verdaderamente infernal hasta que su fuerza llegó á ser tal que como huracan, terremoto ó incendio desencadenados, produjo súbitamente el cataclismo de que fueron víctimas los romanos.

Este jefe era Arminio, hijo del caudillo ó rey de tribu Segimero (2).

«Jóven, dotado de una concepción rápida (había nacido en 17 ó 16 antes de Jesucristo), muy superior en inteligencia á toda su raza y anunciando con la mirada sus atrevidos pensamientos,» dice el historiador romano, su adversario, había hecho como Marobodo, su aprendizaje en los ejércitos de Roma, distinguiéndose ventajosamente en todas las campañas; habiendo tomado parte en la del año 5, y quizás también en la proyectada y empezada contra Marobodo.

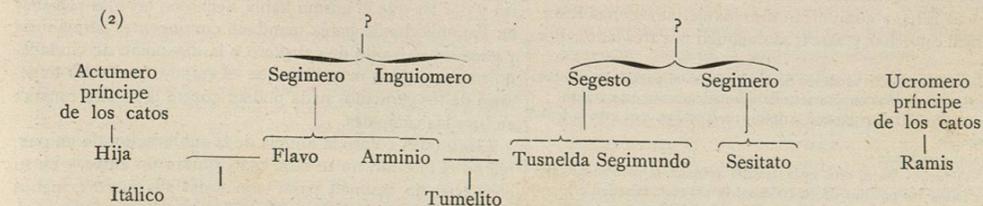
Había sido agraciado con la ciudadanía romana y la dignidad de caballero, y debía conocer perfectamente el poder



Moneda de cobre acuñada en Acula en Bisacena (Africa) con el busto de Varo (1)

(1) P. QVINCLII (+ equivale á TI) VARIAC HVLLA.

En el reverso tiene esta moneda el busto de Augusto entre los de sus nietos Cayo y Lucio. Varo era entonces procónsul de Africa y es indudable que tenemos en la moneda aquí representada su verdadero retrato. Se acuñó antes del año 4 de nuestra era, pues en el año 4 fué Varo enviado de procónsul á Siria, donde hizo poner su nombre en las monedas que se acuñaron en Antioquia.



Otros identifican á Actumero con Ucromero, hacen hermanos á Inguiomero, Segesto y Segimero (el padre de Arminio) y dejan un solo Segimero. Pero es mas natural que Inguiomero y Segesto tuvieran cada uno un hermano del nombre de Segimero, que no que Tácito ignorase que Segesto era tío de Arminio, y no es de creer que sabiéndolo, hubiera callado esta circunstancia.

inmenso de Roma así como el terrible peligro que amenazaba a la independencia y a la libertad de su raza. Mientras su hermano Flavo se había entregado en cuerpo y alma a la civilización superior del extranjero, él había permanecido fiel a su pueblo y determinó ser su salvador. Se hizo cabeza y alma de los enemigos secretos de Roma y preparó el levantamiento con mucha antelación.

No se sabe cuándo le ocurrió la primera idea de su misión, y en cuanto al móvil no podía ser otro sino el peligro que amenazaba a su raza. Agravios personales no tenía que vengar, porque tanto el emperador como Varo le habían colmado de distinciones. Su plan fué ingenioso, la ejecución diabólica. El discípulo, hijo de la selva, con la natural astucia del bárbaro había aprendido muy dócilmente lo que veía de la política romana; las mañas y tretas (*artes et consilia*) de un Tiberio que había visto de cerca, no habían sido lección perdida para él, y así aplicó a sus maestros la doctrina que le habían enseñado. Verdad es que la traición sin ejemplo, la infracción del derecho de gentes más sagrado que envuelve su acción en la selva de Teutoburgo no pueden justificarse sino considerándolas como represalias de la falacia secular de Roma, y como el único remedio radical que quedaba para salvar a su pueblo del aniquilamiento total por absorción en la colectividad romana. Mirando este hecho desde el punto de vista del enemigo, no hay duda que tenía razón Estrabon cuando decía «que los cheruscos abusando de la confianza que les había dispensado Roma, habían aniquilado traidoramente tres legiones en una emboscada y faltando a todos los convenios.»

Honra muchísimo a Tácito haber visto en este hecho la grandiosidad que encierra tamaña falacia infernal, y la parte de elevado ideal y heroísmo que supone en el enemigo de su nación, en lugar de juzgarle por la medida estrecha de la vida usual. Arminio, semejante en esto a Anibal y Mitridates, se presenta como el defensor de la nacionalidad y libertad de su pueblo en frente de la tiranía del imperio universal de Roma. Pero Roma venció a Anibal y a Mitridates en el campo de batalla, no así a Arminio, que sin ser vencido murió asesinado por los suyos, dominados por la envidia y el ningún conocimiento de sus intereses políticos. En Arminio había algo del dios de los germanos Odin ó Votan; una mezcla de ideal heroico y de astucia diabólica; y esto es lo que le hace igualmente interesante para el historiador, el psicólogo y el poeta. Es la primera figura grandiosa en la larga serie de héroes alemanes (1).

Empezó por comunicar su proyecto a unos pocos confidentes y sucesivamente fué aumentando su número; pero el desaliento era tan grande y tan general que le costó mucho trabajo convencer a sus compatriotas de que era posible sacudir el yugo a pesar de la inmensa superioridad romana. En efecto el peligro era grande, aun en el caso de un levantamiento general, porque poseyendo ya los romanos la línea del Danubio y penetrando en el interior sus buques, auxiliados por los frisones y caucos sometidos, subiendo por el Ems y el Elba, y comunicándose los ejércitos con el Rhin, les era fácil estrechar y atacar al enemigo por tres lados. Por

(1) No puedo resistir al deseo de copiar aquí el pasaje de mi obra *Arminio* (Leipzig 1880) en que se trata dramáticamente este asunto. El moribundo Varo pregunta a Arminio:—Traidor, ¿es esta la lealtad germánica?

Arminio responde:

—No, Quintilio Varo, esta es la lealtad romana. ¿Quién se ha valido contra todos los pueblos de la traición, la astucia, falsedad é hipocresía? Roma y traición, perjurio y Roma son una misma cosa. Ahora, despues de tanto tiempo como habeis usado del engaño, ha venido sobre vosotros un engañador más poderoso. Es el espíritu que Votan dió a los germanos.

otra parte cada día que pasaba progresaba la romanización pacífica y aumentaba el peligro de ver desaparecer la independencia y libertad de la raza germánica, como habían desaparecido las de los celtas en la Galia. Entre los mismos cheruscos, pueblo al cual pertenecía Arminio, había ya muchos partidarios y adictos a Roma, unos por convicción y otros por interés, los unos porque juzgaban imposible y temeraria toda resistencia, los otros porque creían la obediencia hasta ventajosa para su pueblo.



Tropas romanas construyendo un puente.—Sacado de la columna de Marco Aurelio

De estos era Segesto, jefe de una tribu cherusca, el cual cuando tantos pueblos germánicos se levantaron contra Roma, se puso contra sus compatriotas de parte del imperio; y, cosa más singular todavía, hubo otra tribu que durante la larga y acalorada lucha que sobrevino, se mantuvo neutral: esta fué la de Inguionero, tío de Arminio.

Lo que convenia en primer lugar era confirmar a Varo en su confianza, adormecerle, y no interrumpir en lo más pequeño la obediencia a la autoridad romana; y en efecto los reyezuelos, los nobles y el pueblo visitaban como de costumbre el campamento, y acudían a los castillos para seguir su tráfico ó la decisión de sus litigios segun el derecho romano ante el tribunal del general.

Despues convenia sacar a este último con sus fuerzas fuera de sus campamentos fortificados y castillos donde eran invencibles para las armas germánicas, y hacerle penetrar en el interior del país, lejos del Rhin, hasta un terreno más favorable a las armas bárbaras que a la estrategia romana, es decir, donde pudiera organizarse una guerrilla en grande escala, en valles angostos cubiertos de selvas y pantanos; porque Arminio, por las campañas de Druso y Tiberio y por las que él mismo había hecho en las filas romanas en Panonia donde había mandado contingentes germánicos y ganados el anillo de caballero y la distinción de ciudadano romano, sabía muy bien que el empuje y el valor temerario de los germanos nada podían contra la táctica romana en batallas campales.

Llegó pues a Varo la noticia de la sublevación de un pueblo en el interior, no se sabe cuál, quizás de catos, y en su consecuencia resolvió pasar con todas sus fuerzas, menos las guarniciones de los castillos ó fuertes, a sofocar el movimiento en su principio y empleando toda su energía personal. Antes de emprender la marcha, le habían prometido

Arminio y los demás caudillos aliados ó medio sometidos, reunir los hombres armados de sus respectivas tribus y marchar con ellos detrás de las legiones. Segesto, que ya había llamado la atención de Varo sobre las maquinaciones que se urdían contra él y los suyos, volvió a avisarle descubriéndole toda la trama en el último banquete que celebraron, proponiéndole que le prendiese a él mismo para mayor disimulo, y luego se apoderase de Arminio y demás jefes conjurados, porque privados de sus caudillos nada se atreverían a emprender los germanos, y Varo ganaría tiempo para hacer una investigación y conocer a los inocentes y a los culpables. Varo, sin embargo, no hizo caso del consejo, contando con la gratitud de Arminio por las muchas distinciones que le había dispensado, y se puso en marcha. Sin órden, como en plena paz y en tierra de amigos, marcharon los romanos; las tres legiones iban la una separada de la otra por un inmenso tren, aumentado con los carros que llevaban a las mujeres con su ajuar y bagaje, y con los mercaderes, cantineros y demás personal civil del campamento, el cual por no estar destinado para invernar quedó con la marcha de las legiones disuelto (1).

Apenas salieron las tropas romanas del campamento, envió Arminio emisarios a todos los jefes conjurados de pueblos y tribus para hacerlos acudir con sus hombres armados. Por su órden fueron acometidos y asesinados en un mismo día, todos los romanos diseminados por el país, los destacamentos, los alojados y hasta los colonos; y en seguida con todas las fuerzas de la insurrección reunidas marchó en seguimiento de Varo cortándole la retirada por la espalda y por ambos flancos. Tan grande era la cólera desencadenada del pueblo germánico, que Segimundo, el hijo de Segesto, el sacerdote que funcionaba en el «altar de los ubios» en Colonia, rasgó su venda sacerdotal y atravesando el Rhin corrió a tomar parte en el combate; y hasta el mismo Segesto, a pesar de su resistencia y simpatías por los romanos, se vió obligado por el impetuoso arrebato de los suyos a seguir el movimiento general.

Tan ciego y confiado iba Varo que cuando tuvo la primera noticia de lo que pasaba a sus espaldas, citó como en tiempo de paz por medio de los lictores a los jefes germá-

(1) Increíble es la masa de escritos que hay en Alemania para poner en claro el camino que tomaron; cada autor, cada localidad de aquella parte de la antigua Germania brava quiere hacer prevalecer sus conjeturas, cuando ni siquiera se puede fijar el sitio que ocupaba el campamento de verano, ni el de la gran plaza fuerte de Aliso, adonde Varo le dirigió en primer término para dejar allí toda la impedimenta. Hay quien supone que el campamento se hallaba cerca de Minden del Weser, y la plaza fuerte cerca de Elsen; ambos estaban unidos por una vía romana militar que pasaba por la garganta de Doeren dando un rodeo. Varo, pues, se dejó persuadir por los guías cheruscos que le acompañaban a que evitara el rodeo y tomara el atajo al través de las selvas vírgenes por el territorio de Lippe para llegar más pronto a Aliso. Allí pues, dicen que sufrió el primer ataque en 9 de setiembre entre pantanos, á consecuencia del cual cambió de rumbo para volver a la carretera. El 10 de setiembre se vió atacado de nuevo con más fuerzas en un claro donde las legiones se defendieron bien; y luego internándose en los bosques de Lippe se volvió a ver muy apretado, hasta que por fin al día siguiente, el 11 del mismo mes, ocurrió la acción del barranco de Doeren, que fué de exterminio. Esta es nuestra opinión. Hay otra sin embargo, segun la cual el campamento de verano estaba cerca de Herford, y Aliso cerca de Hamm; y el pueblo sublevado era el de los marsos. Estos marsos, se supone que habían ocupado el barranco de Doeren, obligando así a Varo a abandonar la vía romana é internarse atravesando el Senne, y siendo destruido con todo su ejército en el terreno arcilloso y húmedo entre el río y las alturas, á cuatro horas de Aliso, ó sea segun esta conjetura Hamm, situada más al Sur, entre las poblaciones actuales de Beskum y Stromberg. Así resultan solo dos días de batalla; uno en el barranco de Doeren y luego la acción definitiva.

nicos a su presencia y tribunal para responder a los cargos que se les hacían.

En el bosque de Teutoburgo fué donde los germanos atacaron desde las alturas del barranco por todos los lados a la vez a los romanos que con trabajo marchaban por el centro pantanoso. Resulta claramente de la relación de Tácito, con arreglo a la visita que hizo Germánico al campo de batalla en el año 16, que hubo dos, ó quizá tres días de combate, y en todo caso que se construyeron por los romanos dos campamentos.

El día del primer ataque construyeron uno siguiendo estrictamente las reglas de la estrategia romana, muy holgado, con emplazamiento separado para cada una de las tres legiones.

El campamento del segundo día, por su área más limitada, sus obras de tierra en parte derrumbadas y los fosos poco profundos, demostró a los que lo vieron seis años despues cuán abundante cosecha había hecho el día antes la muerte en las filas legionarias. En este segundo día, 10 de setiembre, empezó la verdadera catástrofe de los romanos y se concluyó al siguiente. La tempestad acompañada de una lluvia torrencial imposibilitaba la resistencia y la marcha por terreno tan empapado de agua, mucho más siendo las tropas bisoñas, pues que las legiones veteranas del Rhin acostumbradas a la guerra de montaña con los germanos, estaban a la sazón en Panonia. Varo, herido, imitando el ejemplo de su padre y de su abuelo, se dió la muerte; varios legados murieron en la pelea; algunos tribunos se dejaron hacer prisioneros, y el resto del ejército murió, ya huyendo a la desbandada, ya defendiéndose heroicamente en grupos cerrados. El legado Vala Numonio quiso abrirse camino con la caballería, pero fué alcanzado, ó se le atajó la huida; el hecho es que quedó muerto en el campo con los suyos. Solo una parte de la impedimenta y muchas mujeres, huyendo dispersas y protegidas por la oscuridad de la noche, lograron llegar a la fortaleza de Aliso distante solo pocas horas, adonde también se refugiaron unos cuantos grupos de fugitivos.

Grande, desenfrenada y salvaje fué la crueldad con que los bárbaros vengaron en los prisioneros todos los padecimientos, toda la opresión que los romanos les habían impuesto. Vivos, muertos y hasta los objetos inanimados del poder romano hubieron de experimentar el furor y las befás de los bárbaros. Arminio pisoteó las águilas y estandartes romanos conquistados, mientras dirigía su arenga a los suyos despues de la batalla. Muchos prisioneros, sobre todo los tribunos y centuriones de la primera sección (*ordo*), fueron degollados en los altares de los dioses germánicos; otros también fueron sacrificados a otras divinidades, y colgados de los árboles, donde encontró Germánico todavía sus blanqueados cráneos cuando visitó despues los lugares de la desgracia.

Los que más hubieron de sentir la venganza de los vencedores fueron los que habían intervenido en la administración de la justicia romana. A los escribanos les sacaron los ojos y les cortaron la mano, y a los que habían proclamado las sentencias cortaron la lengua «de serpiente.»

Los prisioneros que escaparon con vida fueron repartidos como esclavos. Los hijos de familias distinguidas que esperaban abrirse las puertas del senado por medio de méritos adquiridos en la milicia, hubieron de guardar el ganado vacuno de los cheruscos y cultivar la tierra de los marsos. Algunos fueron despues rescatados por sus familias, pero les estuvo prohibido volver a Italia.

En la precipitación de la catástrofe los romanos no habían podido quemar completamente el cadáver de su general, y